


REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Tras la estela de Perry Anderson*

Peter Linebaugh

Nos encontramos a 30.000 pies del suelo. Delta Líneas Aéreas, vuelo 697, de Washington, D. C. a Nueva Orleans. El piloto nos indica que si miramos sobre el ala izquierda del Boeing podremos divisar Atlanta, Georgia. La reciente puesta al día de Perry Anderson sobre *histmat*,¹ *Tras las huellas del materialismo histórico* (Verso, 1983), es la lectura para el vuelo.

El marxismo, por supuesto, entra absoluta y preeminentemente en la categoría de esos sistemas de pensamiento interesados en la naturaleza y dirección de la sociedad en su conjunto (p. 5)

Lo característico del tipo de crítica que en principio representa el materialismo histórico es que incluye de forma indivisible e incansable la autocrítica. Es decir, el marxismo es una teoría de la historia que pretende ofrecer a la vez una historia de la teoría. (p. 7)²

Los adverbios y adjetivos son buenos —“absoluta”, “preeminentemente”, “indivisible”, “incansable”—. Este va a ser un brillante discurso teórico, que servirá para la conferencia. De todos

* Reseña del libro de Perry Anderson: *In the Tracks of Historical Materialism*, Londres, Verso, 1983, publicada originalmente como “In the Flight Path of Perry Anderson”, en *History Workshop Journal*, Vol. 21, No. 1, 1986, pp. 141-146. Traducción de Adrián Viale, Damián López y Andrés Gattinoni, realizada con autorización del autor y Oxford University Press.

© *History Workshop*, Oxford University Press. Todos los derechos reservados.

<http://hwj.oxfordjournals.org/content/21/1/141.full.pdf+html>

1 Reducción inglesa de *Historical Materialism* (Materialismo Histórico).

2 Todas las referencias al libro de Anderson están tomadas de su traducción castellana: Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 1986.

modos, primero Atlanta, y luego podremos retornar al correcto canon de cabezas parlantes de Perry Anderson.

Atlanta tiene el aeropuerto más activo de los Estados Unidos, más activo incluso que el de Chicago. Para divisar a la Atlanta que anuncian los pilotos, esos puntos de luces naranjas debajo, debo inclinarme sobre un hombre gordo, joven y calvo, que limpia los jugos del filete de las comisuras de sus labios con una servilleta de lino antes de dar vuelta otra página de su lectura de vuelo, un enorme libro dedicado por entero a Dios. Imagino que Perry Anderson habrá oído hablar sobre Atlanta, la cual fue muy promocionada en la época de Jimmy Carter como el epicentro del “Nuevo Sur”, y sobre su alcalde y antiguo líder de derechos civiles Andy Young, un político de fama mundial. Atlanta es un centro financiero del “cinturón del sol”, la región donde el capital recaló tratando de escapar de las demandas de ocio, salarios y bienestar del Medio-Oeste, desde el Valle de Ohio y los Grandes Lagos, que por un siglo proveyeron la geología y los cursos de agua de la “civilización industrial”. Esa civilización escupió valor en forma de humo, acero, autos, y dólares, y generó los enormes sindicatos del CIO, movimientos milenaristas como la “Nación del Islam”, y una clase obrera de antiguos esclavos, *hillbillies* y campesinos europeos que no tenían miedo a las insurrecciones municipales. El cinturón del sol es una región que ha producido dos revoluciones; primero, de la esclavitud durante lo que DuBois llamó “la huelga general” de 1860-64, y segundo, la revuelta contra la ciudadanía de segunda clase que Rosa Parks puso en movimiento cuando se rehusó a sentarse en la parte trasera de un autobús allá por diciembre de 1955. La región ahora vende las *commodities* de los '80s —armamento aeroespacial, cocaína y marihuana, computadoras y electrónicos—. Estos son producidos por un proletariado conformado en parte por inmigrantes de Cuba, el sureste de Asia y América Central, a los que se suman los bisnietos de los esclavos cuya ciudadanía de primera clase no incluye salarios sindicalizados ni seguridad para sus hijos. Este proletariado es gobernado por el terror: la DEA, el Servicio de Inmigración y Naturalización, la CIA, el Klan y los nazis, asesinos de niños, la silla eléctrica y la inyección letal.

Nuestra Atlanta son puntos amarillos. La mujer que está a mi lado se encuentra impecablemente vestida, solo su chaqueta está doblada y acomodada en el compartimento de arriba, de acuerdo a las regulaciones federales de seguridad. Lee *The Wall Street Journal*. Es una abogada de

una refinería de petróleo de Louisiana. Es agradable. Su diario no destaca que este día, 21 de febrero de 1985, es el vigésimo aniversario del asesinato de Malcolm X, “nuestro brillante príncipe negro”. Al fondo del pasillo, un banquero lee la biografía de Henry Ford escrita por Allen Nevins. Hay mucha lectura seria aquí en el cielo —Dios, Ford, *The Wall Street Journal*, y materialismo histórico—. ¿Serán estas las “alturas dominantes”? ¿Podría ser este un “momento” de planeamiento capitalista? El capital necesita su Dios, sus crónicas de la plusvalía, sus historias de emprendedores ¿Podría ser que también necesite su materialismo histórico?

¿Podría Perry ser parte de esto? Él es tan bueno para las conferencias norteamericanas, especialmente las interdisciplinarias donde sociólogos, historiadores, economistas, antropólogos y filósofos, por no mencionar a los críticos literarios, pueden apartar sus vanidades y encontrar un lenguaje común en el *histmat* de Perry Anderson. Incluso si no eres profesor, sus libros son maravillosos para construir vocabulario, remates, y eslóganes de seminario:

Exorbitancia del lenguaje	Exiguos fragmentos
Experiencia apodíctica	Nesciencia proclamada
Volición evocada	Mágicamente contradichas
Espesos estudios	Labilidad de lo políticamente
Atenuación de la verdad	Puramente aleatorio
Opresivo legado de Stalin	Modalidad de procedimiento básica
Inversión de las estructuras	Universalismo irenista

El suyo es el lenguaje de los textos refinados, abstractos: no es un lenguaje para ser oído, o escuchado, o para charlas en la cocina, la cafetería, la lavandería, los bolos, o la oficina. Es un lenguaje novedoso, seguro de sí mismo, neologista, *histmat*, estratosférico. Es una jerga internacional, como el *sabir* del antiguo Mediterráneo o los signos masónicos, algo muy útil para los proyectos ultramontanos que él transmite. “Ultramontano” significa “al otro lado de las montañas”. Refiere a una tendencia teológica que viene desde el Vaticano antes que de los gobernantes seculares al norte de los Alpes. Es autoritario y no responde a las presiones desde abajo.

El lenguaje no es nada sin su militancia. “Asedio”, “bastión”, “fortaleza”, “arsenal”, “zonas”, “puestos”, y “vanguardia”, caen de su pluma. Las metáforas surgen del barroco estilo de la guerra teorizada por Clausewitz. La guerra del infierno de la línea de ensamblaje, de la supervivencia en

calles peligrosas, de los desposeídos en los bantustanes, de los caminos de coyote y del Movimiento Santuario, le son desconocidos. Él vive en una interesante curvatura espacio-temporal: parcialmente barroco, parcialmente bohemio de escuela pública, parcialmente trotskista estilo sesentas. Escribe como si un hombre blanco aún pudiera salirse con la suya escribiendo sobre la revolución marxista como si fuera un tema de cabezas parlantes blancas: primero están los bisabuelos barbudos —Engels, Plejanov y Kautsky—; luego vienen los idealistas —Korsch, Gramsci y Lukács—; ellos son seguidos por Sartre, Colletti y Adorno, que son a su vez reemplazados por los hombres en la cubierta del libro —Habermas, Foucault, Derrida y Lacan—. Estos son los grandes hombres cuyos escritos forman parte, o bien son admisibles según Anderson, en el canon del *histmat*. Anderson es un censor, un sutil, metafísico censor, como aquellos que sentados en el Concilio de Trento en las décadas de 1540 y 1550 escribieron un *Index* de libros permitidos y prohibidos, con la diferencia de que los censores del Vaticano al menos formularon y publicaron las normas para los libros aprobados. Anderson no hace esto; para él, el materialismo histórico es una doctrina virtual hecha para y por intelectuales universitarios, metropolitanos, cuyos intereses no están en analizar, registrar y documentar luchas europeas, sino en la modificación, la revisión y la continuación de las disciplinas académicas por medio de pesadas jergas interdisciplinarias.

Los lugares del discurso marxista se desplazaron gradualmente de los sindicatos y los partidos políticos a los institutos de investigación y los departamentos de universidad. El cambio, inaugurado con el nacimiento de la Escuela de Frankfurt a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, se hizo virtualmente absoluto en el periodo de la guerra fría —década de 1950— en que apenas había un teórico marxista importante que no fuera poseedor de un sillón en la academia, más que de un puesto en la lucha de clases. (p. 13)

Interesante forma de expresarlo. Es como si hubiera una reserva de materialistas históricos capacitados. Luego de graduarse, pueden tomar cátedras en universidades, o ser “puestos” en algún lugar de la lucha de clases, de la misma manera que un gerente de un banco puede ser “puesto” en San Pablo, o un diplomático ser “puesto” en Karachi. ¿Qué es lo que hacen entonces? ¿Derrida levanta algodón con los sandinistas? ¿Foucault limpia inodoros en Attica? ¿Habermas aprende turco en una planta de Volkswagen? ¿Lacan observa a través de un microscopio montando semiconductores? ¿Y luego Perry Anderson recolecta sus reportes e impulsa la “revolución industrial proletaria”? A Anderson ni siquiera se le ocurre que no solo la historia es hecha por la clase obrera, sino que nosotros además producimos nuestros propios historiadores. ¿Por qué no se

menciona a C. L. R. James? ¿Por qué no a Walter Rodney? ¿Por qué no a Meridel LeSueur? ¿Por qué tampoco a Malcolm X? Si Anderson escuchara al mundo que lo rodea podría haber descubierto que el “discurso marxista” está presente en muchos lugares además de los “puestos” y las “cátedras” que él espía. Puede encontrarse en Brixton, en las prisiones y las plantas de Brasil, en las montañas de Nicaragua, en los muelles de Singapur, en las tripulaciones filipinas de los petroleros, en los baños de mujeres de las oficinas centrales de las corporaciones. Desde esos “discursos”, algunas veces una persona puede encontrar tiempo y dinero (Rodney, James, o Malcolm) para leer, escribir, asimilar experiencia histórica, y para destilar los movimientos y los logros de nuestra clase.

Anderson ocasionalmente se distrae y parece cansado por todo el asunto:

Habermas ha intentado un análisis estructural directo de las tendencias inmanentes del capitalismo contemporáneo, así como de la posibilidad de crisis susceptibles de cambiar el sistema que puedan surgir de ellas, de acuerdo con el proyecto tradicional del materialismo histórico. (79)

La noción de Anderson de la “clase obrera” es anticuada y aburrida; es como su noción de “economía”. De hecho, estas nociones suyas son complementarias: igualmente abstractas, igualmente remotas, igualmente infrecuentes en su pensamiento, y separadas por una vasta distancia. Sin embargo, como cualquiera debe saber, no son más que dos caras de lo mismo. Eso es lo que significa “capital”. Anderson señala con tristeza que la teoría del *histmat* europea ha sido desplazada por la historiografía angloamericana. Un “fervor por lo concreto” ha reemplazado el estructuralismo abstracto y la hermeneútica de las universidades europeas. Esto no ha afectado aún a Anderson, que puede escribir sobre el nuevo “naturalismo” (que considera una alternativa al *histmat*) sin mencionar la vida o la muerte, los animales, los vegetales o los minerales. ¿Quién extrae el cobre, el zinc, el cobalto, el oro y el carbón? ¿Quién hace crecer los granos de soja y cacao? ¿Quién hace el silicio? ¿Quién cocina la cena? ¿Cuáles son sus relaciones y fuerzas de producción?

Preguntas como éstas han sido siempre el punto de partida del materialismo histórico. El análisis de las relaciones de clase depende del de las relaciones de valor (ingreso, trabajo, tiempo), solo posible mediante el reconocimiento de las condiciones concretas de producción y reproducción. La filosofía, las “estructuras”, y la teoría pueden cambiar como resultado de ese conocimiento. En la década de 1950 James, Castoriadis, Glaberman y Rawick hicieron esto. Más recientemente

fue hecho de nuevo (pero de manera diferente, por supuesto) por pensadores activistas en Italia, como Mariarosa dalla Costa y Negri. El último anticipó los consejos obreros, la revuelta del 68; la primera anticipó las luchas por salarios sociales y reintrodujo la “visibilidad” de la lucha por salarios contra trabajo doméstico. La tradición y los movimientos de clase tratados por ellos no encuentran ninguna consideración en estas páginas.

Anderson tiene un epílogo. Allí se ocupa de los movimientos feminista, ecologista y pacifista. Como es incapaz de entenderlos en términos de movimientos opuestos al capital, o de sus relaciones con la fragmentación de clases y la reorganización que siguió a la Guerra de Yom Kippur de 1973 (“el prolongado boom de la posguerra se interrumpió bruscamente”, nos cuenta), los considera por fuera de los alcances del *histmat* marxista. Piensa que, a lo sumo, tal vez podrían ayudar para que éste último desarrolle una “ética”. Y aún así, su comprensión de estos movimientos es ignorante:

La división entre sexos es un hecho natural: no puede abolirse como la división de clases, un hecho histórico. Cuando el capitalismo y el trabajador hayan desaparecido, la mujer y el hombre permanecerán.

¿...podría la lucha contra la dominación sexual proporcionar alguna vez la fuerza motriz de una liberación humana más amplia que llevara a la victoria en el terreno de la lucha de clases? La respuesta es sencillamente no. (p. 113)

Palabras claras, verdaderamente. Esto proviene de un genealogista de ese clan patrilíneo cuyo venerado ancestro es Friedrich Engels, autor de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*:

El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por dos especies de producción: por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra.³

Todo esto puede parecer triste, si aceptamos a Anderson como el vocero del materialismo histórico.

El libro concluye con una serie de recomendaciones para el futuro de los estudios *histmat*. Cuatro tópicos requieren investigación: 1) la estructura política de una democracia socialista, 2) el

3 F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras Escogidas*, Moscú, Progreso, 1974, t.3, p. 204.

modelo de una economía socialista avanzada, 3) las relaciones internacionales entre los países socialistas, desigualmente desarrollados y 4) los “medios para abolir las clases y las desigualdades de género” (p. 124). Uno podría confiar en tal investigación si la suya fuera una propuesta metodológica en la cual, para conocer la manzana, fuese preciso morderla. La confianza podría ser conferida si se pusiera en primer lugar, como solución a todos los demás problemas, la viviente y real lucha contra la desigualdad. De allí deviene la revolución. Ese es “el proyecto tradicional del materialismo histórico”. Para Anderson, sin embargo, es poco más que el “modelo sociocultural de la nivelación libertaria” (p. 124). Algo para ser visto, tomado en consideración, conocido, como mera materia de investigación y planeamiento.

Anderson es un hombre aficionado a hablar de las leyes de la historia, las leyes del dinero, y, en este volumen, incluso habla sobre leyes del significado. ¿Qué son, Anderson, estas leyes del significado? ¿Podemos aprenderlas de Samuel Beckett, Tillie Olsen, Allen Ginsberg, Linton Kwesi Johnson, Aimé Césaire, o Ntozake Shange? Si las obedecemos, ¿podremos dormir sin frío por la noche, o anticipar una buena comida para la semana que viene? ¿El propietario nos reparará el techo? ¿Podremos tener algunos fines de semana largos? ¿Podrán nuestros hijos crecer sin heroína? ¿Podremos mandar nuestro trabajo a la mierda? El capital siempre ha requerido de una visión de largo plazo para encontrar sus leyes. Y siempre ha tenido a sus materialistas históricos, desde Ferguson y Robertson en el siglo XVIII a Fernand Braudel en el XX. Para crear y hacer cumplir las leyes de la historia, las leyes del dinero, las leyes del significado, se precisan jueces supremos, fiscales y carceleros.

Atlanta, el centro nacional de detención de refugiados cubanos. Atlanta, el lugar de los secuestros y asesinatos de niños negros en el invierno del 80-81. Atlanta, cuarta en número de crímenes entre cien ciudades estadounidenses. Tercera en crímenes violentos, cuarta en homicidios. Segunda en violaciones. Nuestro Boeing ha pasado la ciudad, los llantos de sus madres solteras, que han sido representados en los ardientes y embelesadores ritmos de Ntozake Shange. El Boeing comienza su descenso hacia Nueva Orleans. Aún es 21 de Febrero de 1985. La señorita pliega el *The Wall Street Journal*. El hombre gordo cierra su libro sobre Dios. El banquero guarda la biografía de Ford. El profesor coloca *Tras las huellas del materialismo histórico* junto a sus papeles de la conferencia. El taxista que lo lleva a su lugar de descanso sirvió entre 1974 y 1981 en el corredor de la

muerte de la Penitenciaría Angola. El vuelo ha terminado: de nuevo en tierra, nuevamente al trabajo. Anderson será de utilidad. Pero es a Malcolm a quien recuerdo, junto al policía encubierto dándole respiración boca a boca en el pavimento, frente al Audubon Ballroom. Malcolm dijo sobre el capitalismo y la revolución,

Es imposible que una gallina produzca un huevo de pato, aunque ambos pertenezcan a la misma familia de aves. Una gallina sencillamente no tiene un sistema con la capacidad de producir un huevo de pato. No lo puede hacer. Solamente puede producir de acuerdo con lo que ese sistema específico fue construido para producir.⁴

¿Quién podría acaso esperar que Perry Anderson produjera un huevo de pato?

4 Discurso de Malcolm X en Nueva York, 29 de Mayo de 1964. Traducción tomada de Malcom X: *Vida y voz de un hombre negro. Autobiografía y selección de discursos*, Navarra, Txalaparta Editorial, 1991, p. 183 (Nota de los traductores).